

XVI.

PERDER UN TESORO POR LOGRAR OTRO.

I.

Era D. Lope un jóven juicioso, trabajador, de fisonomía agradable, de genio suave y condescendente y de modales atractivos; era, en suma, lo que ahora suele llamarse *un mozo de provecho*.

Aunque en España tenía lo suficiente para vivir con decencia, pues que era hidalgo de casa solariega, contagiado del espíritu aventurero de la época, de los Pizarros y Corteses, vino á Nueva-España como page del virey D. Luis de Velasco, deseoso de mejorar de fortuna, ya sirviendo un empleo lucrativo en palacio, ó ya entrando en la carrera eclesiástica con no dudosa esperanza de obtener un pingüe beneficio.

No le faltaban estudios, habiendo pasado la flor de sus años en la célebre universidad de Salamanca, de donde concluidos sus cursos, salió á viajar por Italia con el único fin de aumentar el caudal de sus ya no vulgares conocimientos.

Estas prendas, unidas á las demas ventajas que su posición le daba, hacian de él una persona que hubiera podido captarse la amistad de lo mas florido de la sociedad mejicana, á no ser por su poca ó ninguna afición al trato humano, especialmente con individuos del sexo hermoso.

Procedia en gran parte este despego de cierta aventurilla amorosa que tuvo en sus primeros años, de la cual no salió tan airoso como deseara, y que habia dejado en su corazón una huella muy profunda de pesar. No obstante, su estado habitual por lo tocante á afectos de esta especie era la mas completa indiferencia. ¿Hablábasele de amores? contestaba con una sonrisa amarga ó con alguna espresion irónica, que revelaban un alma herida de tristes decepciones.

No hay que dudarle. Esa postracion de las potencias afectivas del hombre como resultado de alguna contrariedad en los primeros pasos por la senda del amor, no es el patrimonio esclusivo de la juventud de nuestros dias: hoy se decanta por el empeño mímico de ostentar una esperiencia precozmente adquirida; pero en realidad de verdad ha sido enfermedad endémica en todos los siglos y en todos los países, y eso de *cruel escepticismo, desengaños atroces, ensueños desvanecidos, pesares roedores, mortal desaliento y perdidas ilusiones*, era achaque de que adolecia nuestro D. Lope como el mas desaforado romántico.

II.

A la sazón vivia en Méjico una señorita, criada en el mimio, ávida de lucir, su hechicera persona en concurrencias escogidas, ardiente apasionada del baile, admiradora de jóvenes aturdidos con humos de calaveras, y para no decir mas, el reverso de D. Lope.

La naturaleza y la sociedad parece que se complacen en tales contrastes, y no pocas veces se divierten intentando destruirlos por medio de la asimilacion.

El jóven juicioso vió una vez en la corte á D^a Elvira (tal era el nombre de la dama), la vió, es verdad; pero la vió sin el menor movimiento de admiracion ó de entusiasmo: la vió como el matemático que se halla en presencia de un sólido, cuya densidad y volúmen pretende averiguar por medio del cálculo.

No solo la vió y contempló á todo su sabor sin el mas mínimo peligro, sino que pudo resistir el brillo fascinador, las centellas que brotaban de los ojos de la hermosa, y lo que es mas, el prestigio de su gallardo continente y de las dulcísimas sonrisas que travesaban en sus labios infantiles.

Terminó aquella casual entrevista. D^a Elvira se retiró de palacio sin haber reparado siquiera en la interesante figura del sesudo D. Lope; mas no sucedió otro tanto con este, que al entrar á su aposento conoció que habia visto demasiado, acaso con exceso, á la jóven.

Alarmóse un momento al notar en su alma alguna zozobra: procura restituirse á la antigua calma, toma un libro en la ma-

no y se empeña formalmente en distraerse con la lectura, pero son inútiles todos sus esfuerzos. Mientras recorría las páginas, leyendo sin entender lo que leía, escuchaba en sus adentros la voz argentina, sonora, melodiosa de Elvira, como si trasportado al cielo escuchara el canto de un ángel; y cuanto mas empeño ponía en librarse del recuerdo de la seductora vírgen, mas se sentía atraído, magnetizado, fascinado, poseído por su picante hermosura. Parecíale que una mano misteriosa estampaba en su corazón la imágen de la bella con un hierro ardiendo.

¿Será menester declarar que D. Lope estaba enamorado?

III.

—*Nihil novum sub sole*, nada hay nuevo en el mundo, verdad trillada y que sin embargo podrá, á mi juicio, valerme con las personas de seso que me conocen, cuando lleguen á enterarse de la locura en que estoy abismado. ¡Qué dirán! (hablaba consigo mismo el infortunado jóven) D. Lope visita á D^a Elvira, D. Lope se casa; D. Lope, las esperanzas del reino, el ídolo de las personas sensatas, el ejemplo de la corte, está perdido de amores, ¡y por quién! por una niña casquivana, antojadiza, indiferente y juguetona como el agua de un arroyo que corre sin saber adonde va, y marmura sin espresar ningun sentimiento.

—¡Pues bien! esa es la verdad! ¡Lejos, lejos de mí la ambición! Nada deseo, nada quiero sino á Elvira: ¡Elvira es el aire que respiro, la vida que me sostiene, el sol que me alumbraba y el amor de mi alma! Por seguirla recorrería sin descanso día y noche toda la tierra; una sonrisa suya es mi gloria; sus palabras suenan dulcemente en lo íntimo de mi corazón como una música divina; la adoro como á una deidad, y por alcanzar su cariño le tributaria el homenaje de todo mi sér!

IV.

Por lo dicho se ve que nuestro D. Lope estaba de buen temple.

No se requería mas para que la niña fuese superlativamente esquiva con el amante. Si hubiese sido menos leal, menos

amartelado, menos rendido, acaso, y sin acaso, le habria tratado con mas consideraciones; pero era todo lo contrario, y la traviesa dama le mataba á desdenes, no tenia para él ni una palabra afectuosa, ni una mirada compasiva, ni un ademán que le hiciese concebir la mas ligera esperanza.

—¡Oh mujeres! ¡mujeres! ¡cuán terribles sois con las víctimas de vuestros hechizos!

Así exclamaba D. Lope á sus solas, dándose fuertes palmadas en la frente, haciendo propósitos de no volver á visitar á la jóven y maldiciendo con todas veras el imán irresistible de su peregrina aunque maligna hermosura.

Pero el amor hacia desaparecer tales resoluciones, como las plumas que arrebatara entre sus alas un remolino.

V.

Presentóse el jóven una mañana en la casa de su amada, y la encontró sentada en un sillón, sola, con el pañuelo á los ojos y llorando á lágrima viva.

—¿Puedo saber lo que os aflige, señora mía? díjole con acento que hubiera conmovido á una roca.

—¿Qué pueden importaros mis padecimientos! contestó sollozando la dama; y aunque os importaran, ¿está en vuestra mano alcanzar lo que deseo? ¿teneis poder para remediar mi desventura? ¡Ah, si así fuera mi mano os pertenecería! yo no sería mas que de vos, porque ningun otro merecería mi afecto; pero ¿qué digo! El pesar me trastorna la cabeza; ya no sé ni lo que me digo, perdonad

—¡Decid, decid! Hablad con franqueza á un alma que es toda vuestra, y que se siente con fuerzas bastantes á realizar imposibles por mereceros, por grangearse vuestro amor, por decirse con orgullo—¡es mía!

El jóven estaba asombrado de ver acongojada á una niña que, en su concepto, era incapaz de enternecerse por nada de esta vida; á quien no habia visto seria, verdaderamente seria, sino para desdeñarle; y que no habia empleado sus diez y siete primaveras sino en bailes, tertulias, paseos y diversiones de todo género, fuera de cuyo círculo no concebía felicidad alguna pa-

ra los mortales. Aprovechando, pues, esta conyuntura que le ofrecia la conmovion de la bella, redobló sus esfuerzos para conquistar un objeto que hasta entonces habia huido de su amoroso empeno, como la mariposa que se retira volando de una flor al tiempo que va á ser presa de los dedos de un niño.

—¡Hablad, hablad! no teneis que hacer sino mandarme para ser obedecida: vuestros pesares son tambien mis pesares, vuestra dicha, la gloria de mi alma, y por libraros de un instante de pena, por escusaros el mas leve disgusto, daria toda mi vida, todo mi reposo, toda mi fortuna, todo lo que soy y puedo!

—Sois galan á las derechas, D. Lope (contestaba la dama); pero, creedme es inútil manifestaros mis cuitas. . . . ¡se han hecho tantas diligencias! . . . Nada. . . . todos mis parientes se han dado á buscarla con el mayor empeno. . . . se perdió cuando mejor guardada se creia. . . . y no, no parecerá jamás. . . . oh! soy muy desdichada!—Adios!

Terminando estas palabras se retiró D^a Elvira á llorar á su retrete, dejando al mísero amante hundido en la mayor confusion, de que no salió sino con la llegada de algunos individuos de la familia, que le encontraron triste y cabizbajo.

VI.

Y despues de todo, ¿cuál era la causa de tanta angustia! ¿cuál el verdadero concepto que envolvian las espresiones incoexas que pronunció Elvira poco antes de retirarse?

Lo diremos aun con riesgo de que nuestra heroina baje quizá demasiado en la estimacion de los lectores. Se susurraba lo siguiente:

Poseia Elvira entre sus alhajas una perla de extraordinario tamaño y de un oriente maravilloso. Su padre la adquirió en Portugal de un rico negociante de la India, que al vendérsela le dijo:—¡Oh, señor! os haceis dueño en este instante de un objeto que casi, casi vale una fortuna: creedme, los mil ducados que me dais por ella es suma bien mezquina en comparacion de su verdadero precio; y el Gran Turco me los ofrecia, y aun quizá me habria hecho mejor propuesta á tener yo ánimo de vendérsela; pero no quiero á esos perros de musulmanes, y si no hubiera un caballero cristiano que se quedase con ella, mas bien se la regalaria á mi rey.

Elvira cifraba en la perla todo su orgullo de muchacha. Amábala no por el valor que tenia—mil ducados para su fortuna eran una bagatela—sino por la estimacion de que era objeto entre sus amigas, por el placer que le causaba cuando todas á porfía se empeñaban en que les dijese la procedencia, el costo, y en una palabra, toda la historia del díge.

Pero este díge adorado se habia perdido sin saber cómo ni cómo no. Para dar con él se hicieron laboriosas y esquisitas diligencias: todo fué inútil; y he aquí por qué la dama estaba inconsolable; he aquí por qué se conceptuaba la mujer mas infeliz en toda la redondez de la tierra, y he aquí tambien por qué D. Lope, que habia ido á visitarla dos dias despues de este suceso, fue recibido por ella de tan mal talante.

VII.

Mas cuando el amor ha echado profundas raices en el corazon, jamás se desalienta ni amilana: todo lo cree hacedero, menos prescindir del culto que tributa á su ídolo.

Habiendo el jóven emprendido todos los caminos decorosos que podian guiar á la conquista de su amada, y todos sin fruto, se decidió á valerse de un recurso, en la mayor parte de los casos, infalible, el interés.

—Oh! el interés! se decia á sí mismo como poseido de febril demencia; ¡el interés! . . . ¡será posible! . . . ¡no hay remedio! ¡rendirle parias! . . . ¡maldito interés! El es la polilla que roe la sociedad; se mezcla en todos los negocios de los hombres, como esas dulzonas palabras de mentido afecto que se cambian ordinariamente en las conversaciones, y asoma en las acciones mas generosas como entre la grama y las flores del prado suele aparecer una víbora.

En efecto, no hubo remedio. Volvió D. Lope á tener una entrevista con la bella, y moviendo el resorte consabido, le habló de esta manera:

—Estoy ya perfectamente informado de lo que causa vuestra desventura.

—¿Sabéislo? contestó D^a Elvira sonriendo con esfuerzo.

—Y no solo, sino que. . . .

—¿De veras! ¿no soy disculpable en afligirme tanto?

—Teneis razon; pero lo que puede remediarse. . . .

- ¿Cómo! no alcanzo. . . .
 —¿Qué recompensa otorgaríais á quien os entregara la presea?
 —Ya lo dije una vez delante de vos, y lo dicho, dicho.
 —¿Cuál?
 —Mi mano.
 —Pues bien! tendreis lo que os hace tanta falta para ser feliz.
 —Muy difícil lo veo.
 —Para el amor no hay imposibles: adios!

VIII.

Una hora despues llamaba D. Lope á las puertas de una casa ruिनosa, sita en uno de los barrios mas solitarios de la capital.

Tocó dos y tres veces con brío.

Nadie acudió al llamamiento.

Ya se retiraba enfadado de tanta espera, cuando una voz que sonó en lo alto de la habitacion le detuvo. Producíala una muchacha que asomando á una ventanilla con una mirada en que se pintaban la desconfianza y el recelo, despues de contemplar unos instantes al jóven, le habló de esta manera:

- ¿Qué desea usted, niño?
 —¡Abre pronto, muchacha! . . . ¡Oh, qué dilacion!
 —Pero dígame vuésa merced lo que quiere, si no, no abro.
 —¡Mujer de. . . Dios! Abre, vengo á hacer á tu ama una consulta.
 —Eso es otra cosa. Allá voy.
 —¡Pronto!

En efecto, la puerta amarillenta del zaguan giró rechinando sobre los goznes, y dió franca entrada al jóven, que sin duda tenia tanta prisa, temeroso de que alguno de sus conocidos no le viese por aquellos andurriales. Un ambiente húmedo y mefítico le salió al encuentro, y el aspecto decrepito de las paredes descascaradas por la accion del salitre, le prensó el corazon; pero no era cobarde, y pasó adelante con intrepidez.

Atravesó un patiecito desigual, en uno de cuyos ángulos yacian varios tiestos donde crecian sin cultivo algunas pobres plantas, que parecian participar de la miseria que respiraba to-

da aquella morada siniestra; y á la entrada de un callejon que conducia á otro patio mas reducido y lóbrego, salió á recibirle una figura escuálida, de cabello cano y desordenado, de ojos pequeñuelos y penetrantes, que era ó parecia mujer.

El jóven y ella se miraron un momento sin hablarse: él estaba mudo de estupor; ella procuraba sonreír, y cuanto mas desplegabá los labios, adquiria su semblante una espresion mas horrible. Despues, con una voz estridente rompió el silencio, hablando de esta manera:

—Amito mio, ¿tendreis á bien decir en qué puedo servirlos? La casa es pobre como veis; pero la voluntad de seros útil es grande. Pasad, vos pareceis cansado. . . y tal vez agobiado con algun pesar. . . ¡Oh! estos mozos que se dan tanta prisa en vivir. . . .

—No os engañais buena mujer, yo he padecido un quebranto en mis dias que llena de acíbar mi corazon, mi corazon que antes rebosaba paz y bienestar.

Diciendo esto tomaban asiento ambos interlocutores en lo mas recóndito de una pieza sombría, míseramente amueblada, en donde la luz natural que con parsimonia entraba por la puerta, luchaba con la lúgubre claridad que producía una lámpara colocada á la pared delante de la pequeña imágen de un santo.

El jóven continuó:

- Seré breve.
 —Decid cuanto querais, que no tengo mas gusto que escucharos.
 —Sabed que tengo el alma herida de amores.
 —Todo lo sé, proseguid.
 —Pues si todo lo sabeis, decídmeme ¿qué es lo que me ha movido á venir á visitaros?
 —La dama á quien servís exige mucho de vos. . . .
 —¡Bien! muy bien!
 —Cosas que rayan en lo imposible. . . ¿no es verdad?
 —Adelante, y pues que adivináis, decid ¿dónde se encuentra la malhadada perla, ó dónde podré proporcionarme otra semejante?
 —¡Ah sí. . . la perla!

En este instante la estraña mujer, fijando un dedo sobre los labios é inclinando la cabeza hácia el pecho, se puso á reflexio-